

# LOS CUATRO ELEMENTOS SÈTE, FRANCIA - 2006

Cuando Jonas Stampe y Nadia Capitaine me invitaron al Festival de Performance Infr'Action, en Sète, yo ya había realizado algunos trabajos con la tierra y el agua, y también había probado a trabajar con el fuego y el aire, pero nunca me había venido a la mente la idea de trabajar, en una misma tela, los cuatro elementos.

En un primer momento pensé en trabajar con el agua del canal de Sète. Como ya había llevado a cabo un trabajo efímero con quimonos en lechos de ríos, sabía que sólo una tela de gran resistencia podría soportar la corrosión del agua salada.

Compré, por consiguiente, una tela sintética de tres metros por un metro y medio.

Las autoridades de la ciudad, sin embargo, se opusieron a mi idea de dejar la tela expuesta bajo el agua, con sedales, durante el festival.

Me encontraba en el Camino de Santiago cuando me llegó la noticia de esta decisión, y fue justamente este impedimento lo que me sugirió la idea de emplear los cuatro elementos en un mismo trabajo, dedicándome a un elemento por día.

Quería que el lugar dejara su impronta en el trabajo, y como Sète es un puerto, a mí me atraía con fuerza emprender una colaboración con el agua marina. Decidí así, dedicar el primer día del festival a componer el cuadro con las olas; el segundo, a dibujar con fuego de velas; el tercero, a quitar los excesos con el viento y el cuarto, a plantar mi tela por todo un año.

A pesar de haber realizado algunas experiencias previas con los cuatro elementos, yo estaba más familiarizada con la tierra. En los Pirineos, la tierra había dejado sus marcas de manera sutil, con las cuatro estaciones impregnando el lienzo gradualmente. Por otro lado, en la Amazonia, selva impenetrable, la tierra se había apoderado de los cuadros.

En mi trabajo de las Cuatro Estaciones, le di prioridad al tiempo de la tierra. Dejé la mayor parte de mis telas en los bosques, pero también probé la experiencia de trabajar con los otros elementos confiando un cuadro, por ejemplo, al lecho de un río, o colocando otro en el tronco de un árbol.

Dejé algunos cuadros bajo la tierra de la Amazonia, pero como hubo una inundación en el lugar, estuvieron completamente sumergidos durante más de ocho meses. Los cuadros fueron transformados por completo con esta colaboración.

Aprendí que con el elemento agua los resultados son mucho más inesperados que con la tierra. Los quimonos que había dejado en lechos de ríos, por ejemplo, desaparecieron del todo, bien llevados por la corriente o bien devorados por el río.

El tiempo del agua es el tiempo del olvido.

## **EL ELEMENTO DEL AGUA**

Antes de llegar a Sète, yo sólo había trabajado con aguas de ríos, nunca con el mar. Como hacemos siempre antes de emprender un nuevo camino, tenemos cierta tendencia a intentar diseñar un plan, como si realmente pudiésemos prever cómo sucederán las cosas...

Antes de ir a Sète, había preparado la tela inspirándome en una técnica japonesa para teñir tejidos. Tal técnica consiste en prender al tejido bolsas de tela con pigmentos, y dejar que las corrientes de los ríos lo atraviesen tiñéndolo. Yo decidí coser al lienzo esqueletos de hojas de dos en dos, como si fuesen bolsitas. Al llegar junto al mar mi intención era poner los pigmentos y dejar que las olas diseñasen la tela.

Sin embargo, no había previsto que la marea pudiera estar alta.

Tuve que saltar un pequeño muro y bajar hasta el mar por las rocas. Sólo había una pequeña franja de arena protegida por dos bloques de piedras. Las olas rompían con mucha fuerza, y cuando comencé a colocar el pigmento dentro de las hojas, notaba que el mar venía y se llevaba todo, las hojas y el pigmento, lavando así la tela. Fui dándome cuenta de que mi plan inicial de dejar que las olas dibujasen en la tela era imposible.

Fue entonces cuando comencé a trabar mi combate, agarrando la tela e intentando fijar el pigmento. Era como si no existiese nada alrededor, solamente el mar, la tela y yo.

Empecé a tirar los pigmentos directamente en la tela, prescindiendo de las bolsitas de hojas, pero el mar continuaba llegando demasiado rápido, dejando únicamente un leve vestigio de color.

Como tenía pigmentos en barra, empecé a dibujar con ellos, y el efecto fue por fin surgiendo. A continuación fijé la tela a las rocas y comencé a usar las barras de pigmento a modo de sello.

Vi cómo la tela se fue transformando y, en determinado momento, sentí que era el momento de parar: el lienzo tenía que descansar.

Lo llevé un poco más arriba, adonde el mar no llegaba tanto, y me senté a su lado. Sentí que éramos compañeros: el mar, la tela y yo. Me quedé contemplando el horizonte durante quince minutos, y cuando dieron las seis recé mis oraciones.

## **EL CAMINO DEL AGUA Y EL FUEGO**

A las once de la mañana del día siguiente me llevaron a la cima del Monte St. Clair, al lado de la Capilla de Nuestra Señora de Salette. Fue allí arriba donde tuve mi experiencia con el fuego.

Después de hablar con el sacerdote y de que él abriera la verja del terreno que se encuentra al lado de la capilla, extendí la tela en el suelo, tomé las velas y comencé el trabajo.

Nada más empezar, el fuego cayó e hizo dos agujeros en la tela, de manera que sentí que ése no era el camino. Empecé a concentrarme y, poco a poco, fui logrando la comunión con ese elemento.

Al revés del mar, que exigió de mí una batalla, el fuego me llevó al recogimiento. Las gotas de las velas lloraban, dejando sus marcas en silencio. Vi que había grandes piedras en el terreno y decidí poner la tela encima de una gran roca y dejar que las gotas fueran abriendo su propio camino. Después las dejé caer sobre la tela y esos dedos de fuego estuvieron quemándola durante algún tiempo.

Yo rezaba mientras trabajaba, y el fuego bailaba frente a mis ojos, trayéndome recuerdos.

Conozco la imagen de Nuestra Señora de Salette desde pequeña. Me intrigaba ver la imagen de esta santa, sentada, cubriéndose el rostro con las manos mientras lloraba. Le pregunté un día a mi madre por qué lloraba la santa, y ella me explicó que Nuestra Señora de Salette llora por las personas tristes que viven en la tierra. En lo alto del monte St. Clair, en el cráter de ese antiguo volcán, vi a Nuestra Señora llorando lágrimas de fuego sobre mi tela.

## **LA LLUVIA TRAE COSAS DEL AIRE**

Al tercer día, tuve que trabajar con el aire. Yo ya había probado a emplear el aire dejando un cuadro enrollado en un árbol de los Pirineos, y otro encima de un árbol en la Amazonia.

Sólo que en esta ocasión yo sólo podría trabajar durante una hora con este elemento.

Al llegar al atrio de la iglesia de St. Louis, bajo una Virgen coronada, fui recibida por un viento muy fuerte. El lienzo, preso a un pequeño varal, volaba como una tela muy fina.

Supe en ese momento que el trabajo del aire tenía por objeto retirar los excesos. Pasé dificultades hasta comprender esto: rezaba, pronunciaba palabras sueltas y mantras y soplaba mi propio aire en la tela. Al soltar mi viento interior sobre la tela, sentí que yo también estaba limpiando mis excesos, que en ese momento me estaba purificando. Finalmente agarré el lienzo y comencé a golpearlo contra el suelo y a agitarlo en el aire como un estandarte. Quería que el aire penetrase en él y que él descubriese nuevas formas. Lo necesario acabó rebelándose, pues perdí el miedo a estropear la tela.

## **LA TIERRA: REPOSO Y RESURRECCIÓN**

Pensé que el trabajo con la tierra sería más tranquilo porque estaría manejando un elemento que conozco mejor. Había llevado el pico y la pala: todo lo que tenía que hacer era cavar la tierra, extender la tela y cubrirla nuevamente.

Volví al terreno al lado de la capilla de Nuestra Señora de La Salette, donde ya había trabajado con fuego. Era domingo, y todo el trabajo comenzaría después de la misa de nueve y media.

Lo imprevisto era que había amanecido lloviendo mucho. La ciudad de Sète estaba en alerta naranja, con vientos y resaca muy fuertes. Cuando llegamos a lo alto del Monte de St. Clair, la lluvia caía torrencialmente.

Éramos nueve personas: Joe, Laurence, Paula, una pareja, un padre que vino con su hijo pequeño (éste traía una pala de plástico para ayudar), Jean Jacques y yo. El viento y la lluvia golpeaban con mucha fuerza, pero sentí que eso haría bien al alma. Todos me ayudaron para que todo se llevase a cabo lo más rápido posible. Teníamos que cavar un agujero de tres metros en un terreno salpicado de piedras... En el momento en el que comenzamos a cavar, la lluvia amainó un poco, posibilitando nuestro trabajo.

La tierra es dura, las herramientas, pesadas: el tiempo de la tierra es un tiempo que requiere mucha fuerza y dedicación por parte del trabajador. Trabajamos mucho hasta conseguir cavar el agujero y plantar la tela. Justo cuando estábamos terminando, la lluvia recuperó toda su fuerza. Acabamos corriendo y nos refugiábamos bajo una cubierta que había en el terreno, completamente empapados. Nos despedimos todos muy efusivamente, pero también con mucha prisa, pues la lluvia caía fuerte.

Dejé allí mi tela, en el terreno mojado, donde debería permanecer todo un año. Mi proyecto consiste en recuperarla en el próximo festival de performance. De esta manera podré ver cómo la tierra de la capilla de Nuestra Señora de Salette ha tratado a esta tela mía que nació del agua, del fuego y del aire.